

El conocimiento humano

Pasión y necesidad: sobre el conocimiento

Chaime Marcuello Servós

Tomamos conciencia de lo que somos y podemos ser, descubrimos los límites de nuestro cuerpo y del mundo



FOTOGRAFÍA: Camino del conocimiento (Eugenio Mateo)

Dicen los genetistas que somos el resultado de la combinación de los cromosomas de nuestros padres. En un mundo futuro, nos podemos imaginar programando genes, dotándolos de reglas perfectas y soñando un paraíso tecnocrático. Pero con eso nos quedamos como apuntó Vicente Núñez: “en un mundo de ciegos, se habla de lo que se ve”. O pidiendo ayuda a John el Salvaje, en la distopía del Mundo feliz de Huxley, porque se nos va el espíritu al huir infructuosamente del dolor, del miedo y de las limitaciones.

Somos consecuencia genética de nuestros padres. Pero somos además resultado de una epigenética plagada de variables, y de fuerzas que modelan la figura de ese árbol que estaba programado para crecer esbelto y simétrico. En ese modelado, donde

intervienen los procesos de socialización, tomamos conciencia de lo que somos y podemos ser, descubrimos los límites de nuestro cuerpo y del mundo. Ponemos nombres y reconocemos con el lenguaje lo que es posible y se puede nombrar. Incluso jugamos con las palabras y somos capaces de abrir el cajón de las emociones para sentir y disfrutar de la belleza.

Ahora, con la distancia del tiempo, recuerdo a mi padre aprendiendo e intentando resolver todo. Lo mismo instalaba un fregadero, montaba una tele, traducía del latín, explicaba francés o daba clases de matemáticas. Ese afán era una necesidad. Su origen, una familia analfabeta y pobre, le obligó a buscar soluciones de manera autónoma. Venían de una posguerra que, por suerte, trajo un empleo estable en Eléctricas y un maestro que les

convenció para que le dejaran estudiar. Eso sí, “por libre” preparándose en el pueblo y después examinándose en la capital. Hasta llegar a aprobar Magisterio y después las oposiciones. Aprendió casi siempre en la soledad de los libros —siempre dijo que ahí estaba el conocimiento— o con cursos a distancia que le permitieron construir aparatos de televisión y aprender idiomas extranjeros. Estuvo entre los primeros 1.500 alumnos de la UNED, matriculado en Filología, porque Matemáticas no estaba disponible. Esa vocación autodidacta fue también una necesidad. Esa era su forma de aprender y conocer más.

Siempre supimos en casa que el mundo está mal distribuido tanto en dinero como en saber. Pudiendo vivir bien todos, nos empeñamos en sostener diferencias insoportables en las

condiciones de vida. Unas heredadas, otras recién llegadas, todas legitimadas en argumentos sostenidos por formas de conocer y ser. Y por eso, precisamente, en casa estaba claro que quien tenía las palabras y con ellas el acceso al conocimiento podía conseguir más autonomía y hacer un mundo mejor.

“ Conocer es un reto, no es solo reconocer lo que parece estar ahí fuera al alcance de mis sentidos. ”

Años después, escuché lo que Pedro Arrupe recordaba, “la diferencia entre un rico y un pobre es que el rico siempre tiene quinientas palabras más; y si no las tiene, las compra”. Es decir, vivir mejor y mejorar el mundo, se produce cuando conocimiento e interés se suman en una dirección que en su momento describieron Maturana y Varela, “no sólo tiene el interés de toda exploración científica, sino que nos entrega la comprensión de nuestro ser humano en la dinámica social, y nos libra de una ceguera fundamental: la de no darnos cuenta de que solo tenemos el mundo que creamos con el otro, y que solo el amor nos permite crear un mundo en común con él”. Y un poco más adelante siguen diciendo “Nosotros afirmamos que, en el corazón de las dificultades del hombre actual, está su desconocimiento del conocer”.

Conocer es un reto, no es solo reconocer lo que parece estar ahí fuera al alcance de mis sentidos. Es algo más. Hay una tensión entre esas cosas que se empeñan e insisten en un mundo real —la realidad— y mis interpretaciones que acuden filtradas por experiencias intersubjetivamente construidas. Porque, además, el mundo es el mundo dicho por un observador de ese mundo. Y como tal nunca está solo. No se puede ser humano en la soledad absoluta.

Cada uno vivimos de manera que lo que describimos y percibimos es el resultado de una forma propia de mirar y estar. Las cosas —los hechos— no están solo ahí fuera para producir la experiencia de lo que pasa o es. No está mal apostar por la perspectiva realista y materialista, siempre que se reconozca que no tenemos otro camino para llegar a ello que la intersubjetividad.

Por tanto, la subjetividad del individuo que tiene que reparar lo que no funciona o no sabe lo que no sabe, encaja con otros sujetos que reconstruyen la materialidad de su mundo en procesos permanentes de revisión de sus convicciones y conocimientos. Y eso como decían Maturana y Varela puede caer en la tentación de la certidumbre: “Nosotros tendemos a vivir un mundo de certidumbre, de solidez perceptual indisputada, donde nuestras convicciones prueban que las cosas solo son de la manera que las vemos, y lo que nos parece cierto no puede tener otra alternativa. Es nuestra situación cotidiana, nuestra condición cultural, nuestro modo corriente de ser humanos”. Por eso hay que reconocer la importancia de los sentimientos y de las emociones, sustituyendo el enfoque orientado a los objetos por el orientado al sujeto (Arne Kjellman).

“ El conocimiento no está flotando o escondido bajo tierra para que alguien lo atrape o lo encuentre. ”

El conocimiento no está flotando o escondido bajo tierra para que alguien lo atrape o lo encuentre. Está en construcción (García) y la lógica de las explicaciones y de sus contenidos es la lógica con la que describimos nuestro mundo. Un mundo que construimos entre unos y otros explicándonos, como podemos, lo que cada uno entiende. Hacemos artefactos, curamos enfermedades, componemos sinfonías y, a veces, so-

ñamos. Pero no podemos separarnos de manera radical de nuestros procesos de conocimiento. A mí me encantaría ser como Leonardo, me fascina su condición de polímata que no deja nada de la vida sin considerar. Sin esa actitud y sin la gran pasión por la curiosidad y el afán de aprender que introyecté de mi padre creo que no merece la pena pasar por este mundo. Conocimiento, curiosidad y pasión se hacen necesidad.

Por eso mismo entiendo que tenemos una tensión permanente por conocer para despertar, salvo que apostemos por la vida del chanchito. Justo lo contrario a la hipnopedia que inoculan las formas totalitarias que orientan el conocimiento de manera utilitarista y lo reducen a competencias al servicio del rendimiento en los mercados. Hay algo más. Esto forma parte de una espiritualidad, de un despertar y tomar conciencia de que lo existente y lo que conozco pasan por mirar y comprender las elusiones e ilusiones de mi manera de observar. Y como decía Anthony de Mello: “sólo hay una necesidad: esa necesidad es amar. Cuando alguien descubre esto está transformado”. Otra forma de hablar del Árbol del conocimiento.

Bibliografía citada

GARCÍA, ROLANDO.
El conocimiento en construcción. GEDISA. 2000

KJELLMAN, A.
Constructive systems science - the only remaining alternative? A contribution to science and human epistemology. Ph. D. The Royal Institute of Technology. 2003

MATURANA, H. VARELA, F. *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano*. Lumen. 2003